RESEÑA DE LIBROS

Escriben:

ANTONIO PANESSO ROBLEDO

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

ARTHUR Y LILA WINBERK: *Instead of Violence*. Grossman Publishers, New York, 1963.

Quien se regocija con la destrucción de la vida humana no puede tener en sus manos el poder, decía Lao-Tse. Asoka construyó su filosofía y su política sobre el principio de que ningún ser vivo puede ser asesinado. No matarás, dice el Exodo. Orígenes, uno de los primeros grandes teólogos cristianos, sostuvo que el discípulo de Cristo no está obligado a matar a los demás en obsequio a su monarca. Tertuliano se pregunta si puede ser legítima la ocupación territorial por medio de la espada. Maximiliano de Tebeste rehusó ser reclutado en el ejército romano, le cortaron la cabeza por insubordinación, pero en cambio quedó inmortalizado en los altares.

Lo que quiere decir que las gentes más nobles son instintivamente contrarias a la violencia. Y la guerra es la forma más repugnante, porque es colectiva, tiene el respaldo del Estado y aun se ha inventado una ética peculiar, que absuelve los crímenes de los subordinados cuando se ejecutan por órdenes superiores.

Arthur y Lila Winberg han recogido en una antología ("Instead of Violence", Grossman Publishers, New York) más de un centenar de opiniones, desde los antiguos sabios hasta el pontífice Juan XXIII. Todos ellos son "ideólogos" o idealistas, en el sentido que les aplica con menosprecio Oswald Spengler: gentes que no creen en el triunfo último de la fuerza física y que defienden a toda costa los valores humanísticos, la tolerancia, el poder de la inteligencia, la fuerza del razonamiento. Y ante todo la inutilidad y la barbarie de la violencia.

Muchísimos de los autores —lo que no debe sorprender a nadie— son Premios Nobel. Precisamente en julio de 1955, un grupo de laureados reunido en Mainau, Alemania, hicieron público un manifiesto en contra del uso de las armas y de la utilización de la ciencia con fines exclusivamente militares. Entre ellos figuran nombres ya inmortales como Frédéric Joliot-Curie, su esposa Irene, Linus Pauling, Bertrand Russell, Y en el resto

de la Antología acompañan al gran pontífice de nuestro tiempo personajes de todas las nacionalidades, denominaciones e ideas, como Albert Camus, Aldous Huxley, Herbert Read, Albert Schweitzer, Norbert Wiener, Henry Miller, Guillermo Ferrero, Simone Weil, Mahatma Gandhi, Romain Rolland, y aun humoristas como Mark Twain, al lado de los humanistas como Erasmo y de filósofos como Kant y William James.

El pacifismo moderno es distinto de la actitud a veces puramente teórica de los moralistas anteriores a nuestro siglo, por la simple razón de que solo en nuestra época es realmente posible la destrucción total, por el uso de la "última arma", la energía nuclear. Y porque nunca como ahora ha sido la ciencia pura utilizada de manera tan letal. No pueden compararse las armas ideadas por Arquímedes o Leonardo da Vinci con las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki. Y mucho menos con la bomba de hidrógeno, que existe en los depósitos de las dos grandes potencias, mediante la desviación inmoral del conocimiento humano hacia la destrucción.

Las organizaciones pacifistas, a su vez, pueden convertirse en instrumentos inconscientes de la política del poder, sin duda, pero eso no le quita nada a su valor intrínseco. Al contrario. Es el homenaje que el vicio paga a la virtud, como anotaba el moralista francés respecto de la hipocresía. En los días que vivimos se ha ganado al menos en parte la guerra contra la guerra. Pero no totalmente. Toda arma que existe acaba por usarse. Es una ilusión creer que la paz se puede ganar preparándose para la guerra, como lo afirma un lugar común, que se cita en latín para darle una respetabilidad que no tiene, "si vis pacem, para bellum".

La antología de los Weinberg bien podría ser un libro de lectura obligatorio en todas las escuelas del mundo. Es el resumen de lo más noble del pensamiento humano en contra de la "última razón de los reyes", el cañón, la fuerza física, la violencia, la bomba, a la que se apela cuando el hombre mismo abandona la razón y el mismo sentido común.

ANTONIO PANESSO ROBLEDO

FLOREZ, LUIS: *Lecciones de pronunciación*. Bogotá, Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo, 1963.

La segunda edición de este útil manual sale ahora "revisada y aumentada". Como su nombre lo indica, es un libro dirigido a la enseñanza de varios aspectos del español, y para ello se halla "adaptado a los programas de Español y Literatura para la educación media".

Escrito en un lenguaje llano, sin complicaciones, este libro posee una cualidad notable; aquella que Ortega calificaba de "cortesía del filósofo": la claridad. Ser entendido, despejar las posibles dudas, eliminar todos los interrogantes y presentar las ideas de la manera más sencilla y evidente parece ser el empeño de su autor, no solo en esta obra sino en todas sus publicaciones.

Otra de las virtudes del libro en su utilidad. Además de los aspectos generales, de los planteamientos de la moderna ciencia lingüística, nos da gran cantidad de casos concretos, de puntos dudosos, de detalles menores, de aquellos que solo conocen los académicos (si se debe o no poner tilde a *construir*, si lo correcto es *arañar* o *aruñar*, etc., etc.). Así, pues, las *Lecciones de pronunciación* constituyen una ayuda invaluable para todos los que tienen que trajinar con el idioma: escritores, profesores, periodistas, locutores, etc.

Como afirma el propio profesor Flórez, el *Manual de pronunciación española* y el *Manual de entonación española* del benemérito maestro Tomás Navarro Tomás han sido utilizados como “base y núcleo” de estas *Lecciones*, sobre todo en la primera parte. Sin embargo este libro ofrece un aspecto nuevo, original e importantísimo para la lingüística nacional: “El español hablado en Colombia”, resumen de múltiples investigaciones y trabajos del profesor Flórez, el lingüista colombiano que mejor y más extensamente conoce el tema.

Tal vez uno de los reparos que se podrían formular al libro es el de que en ocasiones el afán de claridad sacrifica un tanto la elegancia y el lenguaje se hace demasiado familiar, demasiado coloquial: “Ultimamente los locutores ya no hablan sino que gritan, y parece que cada día estuvieran en una competencia desenfundada para ver cuál grita más. Hasta las emisoras habitualmente discretas se contagian de gritismo. Parece que algunos radiohablantes no saben usar la libertad de expresión. Y alguna vez se desliza una frase tan curiosa como la siguiente: “Azorín y el periodista Calibán emplean a menudo oraciones cortas”. Pero estas minucias no empuenecen los méritos de la obra.

Para terminar, dos palabras acerca de un desagradable incidente que no sobra recordar aquí: la primera edición de *Lecciones de pronunciación* fue víctima de inescrupuloso plagio. Quienes conocemos la honestidad y la integridad intelectual del profesor Flórez esperamos que esta segunda edición quede a salvo de actos tan reprobables.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

MEJIA VALLEJO, MANUEL: *El día señalado*. Barcelona, Eds. Destino, 1964.

El premio Nadal es uno de los galardones más preciados en el mundo literario hispánico, junto con el “Biblioteca Breve”, también español y, curiosamente, catalán también. Más antiguo el primero, incluye entre las obras premiadas novelas como *Nada*, de Carmen Laforet, libro que abrió el desfile de la novela realista española contemporánea, y, sobre todo, *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, obra casi desconocida en Colombia, pero que tal vez constituya el acontecimiento más trascendental de la narrativa en lengua española, desde el *Quijote*. El “Biblioteca Breve” cuenta en su haber con obras como *Dos días de septiembre*, de José Manuel Caballero Bonald y la asombrosa *La ciudad y los perros*, del peruano Ma-

rio Vargas Llosa. Claro que el Nadal ha recaído también en obras tan mediocres como *El curso*, de Juan Antonio Payno, pero no por eso pierde su importancia, conquistada a fuerza de honestidad y lucidez por sus jurados.

Por todo ello nos parece de incalculable importancia para las letras colombianas el que *El día señalado* haya sido galardonado con el premio Eugenio Nadal de 1963. Sobre todo porque la novela de Mejía Vallejo hace también honor al premio.

La novela se divide en 31 capítulos, agrupados en tres partes. Presenta la vida de un pueblo en algún lugar de Hispanoamérica. La localización geográfica no ofrece mayor precisión; tal vez podría pensarse que se trata de alguna república centroamericana, pero creemos que en este aspecto la intención de la novela es continentalmente local, si se puede decirlo así. Los elementos son, en su mayoría, típicos: el cura, el sargento, el cacique, la prostituta, el alcalde, las señoras beatas. Y también son típicos (*helas!*) la violencia guerrillera, la miseria, la injusticia social, la corrupción del campesino... Sin embargo no se crea que por ello la novela deja de ser original. Al contrario: su originalidad nace de su apego a la realidad, de su realismo lúcido y turbador.

La obra posee, en nuestra opinión, una estructura que incluye tres elementos, a manera de círculos concéntricos: a) el plano puramente novelístico; los acontecimientos e interrelaciones de los personajes, como creación literaria; b) sobre esta base se plantea un problema social, histórico: Hispanoamérica, su condición actual, su hombre, su ambiente (nada más alejado, sin embargo, que *El día señalado* de la llamada "novela de tesis"); c) por último, se plantea un problema religioso, el problema de la fe, el problema de Dios.

Así, pues, encontramos un apretado tejido de tres hilos no separables los unos de los otros. Consecuencia directa de esta triple textura es esa curiosa mezcla de realismo y simbolismo, sin que sepamos dónde acaba el uno o comienza el otro: el sepulturero, un campesino mutilado por la violencia, un "caso típico", cobra durante todo el libro un misterioso viso simbólico; con su sempiterna y refulgente pica (guadaña) al hombre figura la Muerte. Y así el Alfarero-Artista, la prostituta-Magdalena. Sin embargo es preciso no perder de vista el hecho de que estas simbolizaciones no son en ningún caso simples o evidentes. Apenas visos, sugerencias que abren ante el lector un mundo insólito en su cotidianeidad, misterioso en su sencillez.

En el plano estilístico encontramos dos aspectos notables. El primero se refiere al modo de la narración: una doble perspectiva que se desarrolla contrapuntísticamente: la clásica forma de la narración en la novela, la tercera persona singular, alterna con una narración en primera persona. La misma realidad, pues, es contemplada desde el punto de vista del autor-narrador, que no interviene en la acción, y desde el de uno de los personajes. Y al final, confluirán en una única vertiente narrativa.

Por otra parte, la prosa de la novela de Mejía Vallejo es más descriptiva que narrativa. Sin embargo, su sobriedad es ejemplar. Cada fra-

se va preñada de significado, llena de aristas, breve y efectiva. Léanse las primeras líneas: "Los brazos de la cruz señalan este letrero: *José Miguel Pérez. Diciembre de 1936-Enero de 1960.* Entre las dos fechas hubo una vida sin importancia. Nació porque un hombre dijo a una mujer que lavaba ropa en el río:

—¿Te irías conmigo a cualquier parte?".

Mejía Vallejo ha logrado una obra seria, profunda, turbadora. El, García Márquez, algunos más, comienzan a alumbrar en la literatura nacional un panorama oscurecido durante tantos años.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

RODRIGUEZ FREILE, JUAN: *El Carnero*. Edición de Miguel Aguilera. Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1963.

Ninguna justificación de esta nueva edición del libro de Rodríguez Freile nos da su editor, el señor Aguilera, un "individuo de la Academia Colombiana de Historia". No sabemos si ha consultado manuscritos distintos a los que consultó el editor de 1859, Felipe Pérez; incluso no sabemos qué manuscrito o manuscritos tuvo a la vista de los tres existentes; ¿se basaría en el de 1784, en el de 1793 o en el de 1795? O simplemente reimprimió la edición de Pérez como ya lo había hecho (con clara advertencia, eso sí), Jesús María Henao en 1935? Misterio.

Por este simple detalle puede ya vislumbrarse el criterio editorial del señor Aguilera.

Pero el señor Aguilera "orló" con un extenso prólogo su edición. Ocupémonos primeramente de él.

Para ser honestos debemos confesar que, desde la lectura del prólogo de don Julio Cejador y Frauca a su edición del *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, no experimentábamos un sentimiento parecido; eso que uno está sintiendo cuando no sabe si llorar, si reírse o simplemente si dejar de perder el tiempo y coger otro libro. ¿Qué pensar, por ejemplo, ante frases como la que sigue: "Los detalles escandalosos de la tragicomedia *La Celestina*, de Fernando de Rojas, serían intolerables hoy?". Hoy, Dios mío, hoy, la época de D. H. Lawrence, de Henry Miller, de Brigitte Bardot, del apartamento 301!

Solo queremos limitarnos en esta breve nota a una afirmación del señor Aguilera en su prólogo. Dice en la página 8: "Es preciso desechar la idea de que la producción de Rodríguez Freile es del género costumbrista, novelesco o imaginativo. La calidad típica de ella, de ser entretenida y curiosa, y de hallarse escrita en estilo cambiante de un capítulo a otro (¿?), no será jamás fundamento para que los historiadores de la literatura vernácula formulen juicios aventurados acerca de la naturaleza del libro que en el lapso de un siglo se reproduce por la sexta vez". Y más abajo añade: "No hay que explorar con prejuicio en Rodríguez Freile

su ingenuo humorismo, ni la embozada sátira, ni su doliente sarcasmo, ni la cruel intención moralizadora, ni el propósito de retaliación; que de todo se ve allí. Lo único que ha de perseguir el lector, y más puntualmente, el historiador, es la verosimilitud de lo que él cuenta" (pág. 9).

El mayor reparo que tenemos que oponer a esta última opinión consiste en que si a *El Carnero* se le quita el humorismo, la sátira, el sarcasmo, el moralismo, etc., es decir, lo personal, lo individualizador, su peculiar estilo en una palabra, no quedan más que catálogos de nombres de obispos y oidores, muy útiles para genealogistas de nostalgias coloniales ("aquellos viajes en mula", el Terremoto, Fernando VII...).

La otra afirmación merece ser tratada con más despacio, ya que nos da la oportunidad de hablar de *El Carnero* directamente. Nos parece que negar de plano, caprichosamente y sin ningún argumento, un cierto carácter literario a la obra de Rodríguez Freile sería una ligereza, si no fuera miopía intelectual. *El Carnero* se define como una obra en la que elementos novelísticos invaden una estructura historiográfica. Esta definición pretende contradecir tanto el extremismo historicista del señor Aguilera, como el literario de críticos tan autorizados como J. J. Arrom ("Rodríguez Freile se contenta con transformar habladurías de plaza y parroquia en deliciosos cuentos. Eleva la rastrera condición de chismoso a la de excelente narrador. Literatura").

Creemos que *El Carnero* es mucho más que un recuento —bien o mal presentado— de acontecimientos históricos; pero no es posible decir que es una novela costumbrista tampoco. Nuestra opinión es que Rodríguez Freile tal vez pretendió lo primero, pero que su temperamento de novelista se entrometió y nos dio algo más. Algo mejor.

La utilización de recursos narrativos distintos de la mera corriente historiográfica, el prurito de amenidad, el humor, las explicaciones de tipo psicológico, el trazo de caracteres, etc., son todos elementos literarios, abundantes y definidos. Incluso en la narración de acontecimientos históricos alejados del autor en el tiempo, aparece frecuentemente un tono novelístico que anima y vivifica toda la obra, desde el principio.

Sin embargo, no es este el lugar para seguir ahondando sobre el problema. Terminemos con dos palabras sobre la edición. El valor de las notas está determinado por las siguientes palabras del señor Aguilera: "Buen número de las notas explicativas incorporadas aquí al pie de cada capítulo, no tienen sino relación indirecta con los acontecimientos contemplados en el libro". En cuanto al texto, como antes anotábamos, está transcrito sin el menor rigor filológico. La única ventaja que esta edición ofrece sobre las anteriores (las de Pérez y Henao) consiste en que es posible encontrarla en las librerías.

Sigue sin tener este "clásico" de nuestras letras una edición rigurosa, moderna, irrefutable.

EDUARDO CAMACHO GUIZADO